

## Sobre el uso de la demanda lineal Tipo $X = am - bP_X$

Dr. Félix Marrero Prieto \*

*Al trabajar con demandas del tipo  $y = am - bp$  surge la lógica pregunta: ¿de qué tipo de preferencias se puede inferir, si ni siquiera cumple con el requisito de ser una función homogénea de grado 0? Además, hay ejemplos en los cuales se aprecia que con dicha demanda no se cumple el principio de que la variación de dicha demanda por el efecto sustitución debe tener signo contrario al de la variación de su precio.*

*En el artículo se investiga además, que para que la demanda en cuestión sea consistente con la teoría microeconómica del consumidor, debe estar limitada por la inecuación:*

$$0 \leq x \leq \frac{b}{a}$$

**E**S MUY frecuente que tanto en la práctica profesional como docente se acostumbre a usar como modelo o ejemplo de una función de demanda la lineal del tipo  $X = am - bP_X$ , donde  $X$  representa la cantidad del bien o servicio que se demanda,  $m$  la renta o ingresos de que se disponen,  $P_X$  el precio de mercado del bien o servicio,  $a$  es un parámetro tal que por lo general es  $0 < a < 1$ , y  $b$  es un parámetro positivo. Resulta que no siempre este modelo de demanda se ajusta al que exige la teoría microeconómica del consumidor, que dice que la demanda de un consumidor racional, optimiza su utilidad, con la restricción presupuestaria corres-

---

\* Profesor titular del Departamento de Macromicro-economía de la Facultad de Economía, Universidad de La Habana.

pondiente. Esta función de demanda debe ser homogénea de grado 0 con respecto a todas sus variables (entiéndase los precios de todos los bienes o servicios considerados y la renta o ingresos) y además, debe cumplir la condición de que la matriz de los términos de sustitución sea simétrica y semidefinida negativa. Esta última condición permite asegurar que si varía el precio del bien, entonces el signo de la variación de la demanda por el efecto sustitución debe ser contrario al signo de la variación del precio.

No es difícil comprobar en primer lugar que la función de demanda de referencia no es homogénea de grado 0, pero esta dificultad puede ser salvada fácilmente considerando en primer lugar, que solo hay otro bien, a saber, "el resto de los bienes" (denominémoslo  $Y$ ) y consecuentemente ese "otro bien" lo consideramos numerario (su precio,  $P_Y$ , es unitario). Podríamos considerar pues que la demanda en análisis sea:

$$X = \frac{1}{P_Y}(am - bP_X)$$

Entonces, de la restricción presupuestaria ( $P_X X + P_Y Y = m$ ) podemos obtener la función de demanda del "bien"  $Y$ :

$$Y = \frac{1}{P_Y} - \frac{amP_X}{P_Y^2} + \frac{bP_X^2}{P_Y^2}$$

Por otro lado, el signo de la variación del precio del bien  $X$  podría ser igual al de la variación de la demanda del bien debida al efecto sustitución, si consideramos, por ejemplo, que la renta  $m = 5000$ , el precio del bien aumenta de 10 a 15, el parámetro  $a = 0,03$  y el parámetro  $b = 3$ . En este caso  $\Delta x^S = 3$ , y  $sg \Delta x^S = sg \Delta P_X$ , cosa que es absurda.

Es sabido que las funciones de demanda en la práctica es algo que no es fácil de determinar y las demandas individuales aún menos, y que mediante métodos econométricos se aproxima con mucha facilidad a una función lineal, cuya validez se da en determinados intervalos del precio (o de la cantidad), y por otro lado, la forma que tiene la función objeto de nuestro estudio:

$$x = \frac{1}{P_Y}(am - bP_X)$$

Tiene una indudable lógica desde el punto de vista práctico y económico. Analicemos pues la matriz de los términos de sustitución.

Como se sabe, dichos términos vienen dados por las siguientes fórmulas, cuando se tienen solo dos bienes:

$$S_{XX} = \frac{\partial X}{\partial P_X} + \frac{\partial X}{\partial m} X = -\frac{b}{P_Y} + \frac{a^2 m}{P_Y^2} - \frac{abP_X}{P_Y^2} \quad (1)$$

$$S_{XY} = \frac{\partial X}{\partial P_Y} + \frac{\partial X}{\partial m} Y = \frac{bP_X}{P_Y^2} - \frac{a^2 m P_X}{P_Y^3} + \frac{abP_X^2}{P_Y^3} \quad (2)$$

$$S_{YX} = \frac{\partial Y}{\partial P_X} + \frac{\partial Y}{\partial m} X = \frac{bP_X}{P_Y^2} - \frac{a^2 m P_X}{P_Y^3} + \frac{abP_X^2}{P_Y^3} \quad (3)$$

$$S_{YY} = \frac{\partial Y}{\partial P_Y} + \frac{\partial Y}{\partial m} Y = -\frac{bP_X^2}{P_Y^3} + \frac{a^2 m P_X^2}{P_Y^4} - \frac{abP_X^3}{P_Y^4} \quad (4)$$

De (2) y (3) es obvio que  $S_{XY} = S_{YX}$ , luego la matriz de los términos de sustitución es simétrica. De (1) y (4) resulta que  $S_{YY} = (P_Y^2 / P_X^2) S_{XX}$ , de donde  $sg S_{XX} = sg S_{YY}$ ; ya que estos componentes deben ser no positivos, analicemos qué debe pasar para que  $S_{XX} \leq 0$

$$S_{XX} = -\frac{b}{P_Y} + \frac{a^2 m}{P_Y^2} - \frac{abP_X}{P_Y^2} = \frac{a}{P_Y^2} \left( -\frac{bP_Y}{a} + am - bP_X \right) \leq 0$$

Es decir,

$$am \leq \frac{b}{a} P_Y + bP_X ;$$

o lo que es lo mismo;

$$m \leq \frac{b}{a^2} P_Y + \frac{b}{a} P_X ;$$

y ya que  $P_Y = 1$ ; resulta que tiene que ser

$$m \leq \frac{b}{a^2} + \frac{b}{a} P_X \quad (5)$$

Si además consideramos la función de demanda original de  $X$ ,  $X = am - bP_X \geq 0$ ; que implica que

$$m \geq \frac{b}{a} P_X;$$

obtenemos

$$\frac{b}{a} P_X \leq m \leq \frac{b}{a^2} + \frac{b}{a} P_X$$

o sea,

$$bP_X \leq m \leq \frac{b}{a} + bP_X;$$

y restando el término  $bP_X$  de todos los miembros de la inecuación, obtenemos:

$$0 \leq X \leq \frac{b}{a}$$

Esta debe ser la condición que debe cumplir la cantidad demandada, para que se pueda utilizar sin inconveniente la función de demanda en cuestión sin que se entre en contradicción con la Teoría del Consumidor.

Por otro lado, tratemos de encontrar la función de utilidad de la cual se pueda deducir la función de demanda objeto de nuestro estudio. Específicamente, utilizaremos la función indirecta de utilidad métrica monetaria. Entonces:

$$\frac{d\mu_{(p,q,m)}}{dp} = X(p, \mu_{(p,q,m)}); \text{ con la condición } \mu_{(q,m)} = m.$$

Tenemos entonces la ecuación diferencial

$$\frac{d\mu}{dp} = a\mu - bp,$$

cuya solución viene dada por

$$\mu_{(p,q,m)} = e^{-\int -adp} \left( \int -bpe^{\int -adp} dp + C \right) = \frac{bp}{a} + \frac{b}{a^2} + Ce^{ap};$$

y con la condición inicial resulta

$$\text{que } m = \frac{bq}{a} + \frac{b}{a^2} + Ce^{aq}; \text{ de donde } C = \left( m - \frac{bq}{a} - \frac{b}{a^2} \right) e^{-aq};$$

es decir,

$$\mu_{(p,q,m)} = \frac{bp}{a} + \frac{b}{a^2} + \left( m - \frac{bq}{a} - \frac{b}{a^2} \right) e^{a(p-q)}$$

Recuérdese que  $\mu_{(p,q,m)}$  expresa no otra cosa que la función de gastos necesarios para que a los precios  $p$ , se obtenga la misma utilidad que se obtiene cuando a los precios  $q$ , los ingresos son  $m$ . Obsérvese que:

$$\frac{\frac{\partial \mu}{\partial p} - \frac{b}{a} + a \left( m - \frac{bq}{a} - \frac{b}{a^2} \right) e^{a(p-q)}}{\frac{\partial \mu}{\partial m}} = \frac{\frac{\partial \mu}{\partial p}}{\frac{\partial \mu}{\partial m}} = am - bp = X$$

que confirma los resultados obtenidos.

## Globalización, desigualdades y resistencias \*

---

Ignacio Ramonet \*\*

¿EN QUÉ estado se encuentra el mundo actualmente? Fenómeno principal: todos los Estados se ven arrastrados por la gran dinámica de la globalización. Se produce una segunda revolución capitalista. La globalización llega hasta el último rincón del planeta, al tiempo que ignora la independencia de los pueblos y la diversidad de los regímenes políticos.

La Tierra es testigo de una nueva era de conquista, como en la época de los descubrimientos o de las colonizaciones. Pero, mientras los protagonistas de las expansiones conquistadoras precedentes eran los Estados, esta vez son las empresas y los conglomerados, los grupos industriales y financieros privados los que quieren dominar al mundo. Los amos de la Tierra nunca fueron tan poco numerosos ni tuvieron tanto poder. Estos grupos están situados en la Tríada — Estados Unidos, Europa, Japón— pero la mitad de ellos radica en los Estados Unidos. Se trata de un fenómeno fundamentalmente norteamericano.

Esta concentración de capital y de poder se aceleró extraordinariamente durante los últimos veinte años producto de las revoluciones de la tecnología de la información. Un nuevo paso de avance tendrá lugar desde principios del milenio con el nuevo empleo de las técnicas genéticas de manipulación de la vida. La privatización del genoma humano y la patentación generalizada de lo vivo abren nuevas perspectivas de expansión al capitalismo. Se prepara una gran

---

\* Ponencia presentada en el II Encuentro Internacional de Economistas sobre Globalización y Problemas del Desarrollo, en La Habana.

\*\* *Director de Monde Diplomatique, Paris. Profesor de la Universidad de Paris-VII. Presidente honorario de ATTAC.*

privatización de todo lo que tiene que ver con la vida y la naturaleza, al tiempo que favorece la aparición de un poder probablemente más absoluto que los conocidos anteriormente en la historia.

La globalización no está dirigida tanto a conquistar países como a conquistar mercados. Este poder moderno no se preocupa por conquistar territorios como en la época de las grandes invasiones o en los períodos coloniales, sino de apoderarse de las riquezas.

Esta conquista viene acompañada por destrucciones impresionantes. En todas las regiones industrias enteras desaparecen brutalmente, trayendo consigo todos sus sufrimientos sociales: desempleo masivo, subempleo, precariedad, exclusión, superexplotación de hombres, mujeres y —lo que es aún más escandaloso— niños (300 millones de niños sufren una explotación brutal sin precedentes).

La globalización es también un saqueo mundial. Los grandes grupos saquean desmesuradamente el medio ambiente; aprovechan las riquezas de la naturaleza que son el bien común de la humanidad. Y lo hacen de una manera inescrupulosa y desenfrenada. También trae consigo una criminalidad financiera vinculada a los medios de negocios y a los grandes bancos que reciclan sumas superiores al billón de dólares anual, es decir, más que el producto nacional bruto de una tercera parte de la humanidad.

La mercantilización generalizada de las palabras y las cosas, de los cuerpos y los espíritus, de la naturaleza y la cultura, agrava las desigualdades. Sabíamos que el abismo entre ricos y pobres había aumentado durante los dos últimos decenios ultraliberales (1979-1999) pero cómo imaginar hasta qué punto. Porque descubrimos que si “en 1960 el 20 % de la población mundial que vivía en los países más ricos tenían ingresos 30 veces superiores a los del 20 % que vivía en los más pobres, ¡en 1995, sus ingresos eran 82 veces superiores! En más de 70 países los ingresos per cápita son inferiores a los percibidos hace 20 años.... A escala mundial cerca de 3 mil millones de personas —la mitad de la humanidad— vive con menos de 2 dólares diarios...”

La abundancia de bienes alcanza niveles sin precedentes pero el número de aquellos que no tienen techo, ni trabajo, ni suficiente alimento aumenta sin cesar. De esta manera de los 4 500 millones de habitantes que tienen los países en vías de desarrollo cerca de un tercio no tienen acceso a agua potable. Una quinta parte de los niños no reciben suficientes calorías o proteínas. Y alrededor de 2 000 millones de personas —un tercio de la humanidad— padecen de anemia.

¿Esta situación es fatal? No. Según las Naciones Unidas para satisfacer las necesidades básicas de toda la población del globo (alimento, agua potable, educación, salud) bastaría con tomar de las 225 mayores fortunas del mundo, menos del 4 % de la riqueza acumulada. Llegar a satisfacer universalmente

las necesidades sanitarias y nutricionales esenciales costaría solamente 13 000 millones de dólares, o sea, apenas lo que gastan anualmente los habitantes de los Estados Unidos y de la Unión Europea en comprar perfumes...

Actualmente, las estructuras estatales al igual que las estructuras sociales tradicionales fueron eliminadas de una forma desastrosa. Por doquier, sobre todo en los países del Sur el Estado desaparece. Surgen zonas donde no existe el derecho, entidades caóticas ingobernables, que escapan de la legalidad y caen en un estado de barbarie donde únicamente los grupos de saqueadores están en condiciones de imponer su ley haciéndole pagar el precio a las poblaciones civiles. Aparecen peligros de nuevo tipo: crimen organizado, redes mafiosas, fanatismos religiosos o étnicos, especulación financiera, gran corrupción, extensión de las nuevas pandemias (SIDA, virus ébola, Creutzfeld-Jacob, etc.), contaminaciones ambientales de gran intensidad, trastornos climáticos, efecto invernadero, desertificación, proliferación nuclear, etcétera.

La globalización es, sin lugar a dudas, uno de los principales responsables de estos desórdenes de fin de siglo. Es la característica principal del ciclo histórico en el cual entramos tras la caída del muro de Berlín en noviembre de 1989 y la desaparición de la Unión Soviética en diciembre de 1991. El poderío de la globalización es tan grande que nos obliga a redefinir conceptos fundamentales sobre los cuales se basaba el edificio político y democrático construido a finales del siglo XVIII: Estado-nación, soberanía, independencia, democracia, Estado-providencia y ciudadanía.

En su actual fase ultraliberal el capitalismo transforma todo lo que toca en mercancía; desintegra las antiguas comunidades y dispersa las existencias en una "multitud solitaria".

La nueva jerarquía de los Estados que se perfila en el mundo se apoya menos en el poderío militar para controlar las materias primas que en la capacidad de dominar los cambios tecnológicos actuales y la esfera financiera.

¿Qué es la globalización? Es la interdependencia cada vez mayor de las economías de numerosos países. Tiene que ver sobre todo con el sector financiero, porque la libertad de circulación de los flujos financieros es total, y hace que este sector domine ampliamente la esfera de la economía.

Al igual que los grandes bancos le dictaron a numerosos países la actitud que debían tomar en el siglo XIX, y las empresas transnacionales lo hicieron entre los años sesenta y ochenta, los fondos privados de los mercados financieros tienen ahora en su poder el destino de muchos países. Y, en cierta medida, el destino económico del mundo.

Los mercados financieros ahora están en condiciones de dictarle sus leyes a los Estados. En este nuevo paisaje político-económico lo global prevalece sobre

lo nacional, y la empresa privada sobre el Estado. Digamos que ya no hay redistribución, y que el único actor de desarrollo es la empresa privada, la única que se reconoce como competitiva a escala internacional. Por consiguiente, se afirma que es la única alrededor de la cual se debe reordenar todo.

En una economía globalizada ni el capital, ni el trabajo, ni las materias primas constituyen por sí solas el factor económico determinante. Lo importante es la relación óptima entre estos tres factores. Para establecer esta relación una firma no se preocupa de fronteras, ni de reglamentaciones, pero sí de explotar de una manera inteligente la información, la organización del trabajo y la revolución de la gestión. Con frecuencia esto conlleva un resquebrajamiento de la solidaridad en el seno de un mismo país. Se llega así al divorcio entre el interés de la empresa y el interés de la colectividad, entre la lógica del mercado y la de la democracia.

Las firmas globales no se sienten afectadas en modo alguno, tienen maquilas y venden en el mundo entero; reivindican un carácter supranacional que les permite actuar con una gran libertad ya que no existen, por decirlo así, instituciones internacionales de carácter político, económico o jurídico capaces de reglamentar eficazmente su comportamiento.

La globalización constituye una inmensa ruptura económica, política y cultural. Somete a los ciudadanos a un diktat único: “adaptarse”. Renunciar a toda voluntad para obedecer mejor las órdenes anónimas de los mercados. Constituye el punto culminante del economismo: crear un hombre “mundial”, carente de cultura, de sentido y de consciencia del otro, e imponer la ideología neoliberal en todo el planeta.

En las democracias actuales un número cada vez mayor de ciudadanos libres se siente arrastrado por una especie de doctrina viscosa, que insensiblemente, envuelve cualquier razonamiento rebelde, lo inhibe, lo trastorna, lo paraliza y acaba por asfixiarlo. Esta doctrina, este pensamiento único, es la ideología neoliberal, la única autorizada por una policía del pensamiento invisible y omnipresente.

Este dogmatismo moderno representa los intereses de un conjunto de fuerzas económicas, y particularmente las del capital internacional. Se formuló y definió en 1944 con los acuerdos de Bretton-Woods. Sus fuentes principales son las grandes instituciones económicas y monetarias —Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos, OCDE, Organización Mundial del Comercio, Comisión Europea, Banco Central Europeo, etc.— que mediante su financiamiento, enrolan para ponerlos al servicio de sus ideas, a través de todo el mundo, a numerosos centros de investigación, universidades y fundaciones que a su vez, depuran y divulgan la buena palabra.

Los principales órganos de información económica la retoman y reproducen. Por todas partes facultades de ciencias económicas, periodistas, ensayistas,

dirigentes políticos, retoman los mandos principales de esas nuevas tablas de la ley, gracias a los grandes medios masivos los repiten hasta la saciedad. Conociendo de manera pertinente que en nuestras sociedades donde imperan los medios de comunicación, la repetición equivale a demostración.

El primer principio de la ideología neoliberal es tanto más fuerte cuanto que un marxista distraído no renegaría jamás de él, la economía prevalece sobre la política. En nombre del realismo y el “pragmatismo” —que los liberales formulan de la siguiente manera: “El capitalismo no puede desaparecer, es el estado natural de la sociedad. La democracia no es el estado natural de la sociedad. El mercado sí.”— la economía está situada en el puesto de mando. Una economía despojada del obstáculo social, especie de “ganga” cuya peso sería causa de regresión y crisis.

Los demás conceptos claves de la ideología neoliberal son conocidos: el mercado, del que “la mano invisible corrige las asperezas y los malos funcionamientos del capitalismo” y particularmente los mercados financieros cuyas “señales orientan y determinan el movimiento general de la economía”, la competencia y la competitividad que “estimulan y dinamizan las empresas llevándolos a una modernización benéfica y permanente”, el libre comercio sin límites “factor de estabilización”, la desreglamentación, la privatización, la liberalización, etc. Cada vez “menos Estado”, un arbitraje constante a favor de las rentas de capital en detrimento de las del trabajo. Y la indiferencia con respecto a los costos ecológicos.

La repetición constante de ese catecismo en todos los medios de comunicación por parte de casi todas las fuerzas políticas, tanto de derecha como de izquierda, le confiere una fuerza tal de intimidación que ahoga cualquier tentativa de libre reflexión y dificulta la resistencia contra ese nuevo oscurantismo que llamamos pensamiento único.

Evidentemente, lo más grave de esta globalización es que condena anticipadamente, en nombre del “realismo” cualquier asomo de resistencia o incluso de disidencia. De ese modo, cualquier acción republicana, cualquier búsqueda de alternativas, cualquier tentativa de regulación democrática, cualquier crítica al mercado son colmadas de oprobios y catalogadas de “arcaicas”.

La globalización erige la competencia en la única fuerza motriz: “Aunque se trate de un individuo, una empresa o un país – declaró Helmut Maucher dueño de la Nestlé, en el Forum de Davos – lo importante para sobrevivir en ese mundo, es ser más competitivo que su vecino”. Y pobre del gobierno que no siguiera esa línea: “Los mercados lo sancionarían inmediatamente –advirtió Hans Tietmeyer, ex presidente de la Bundesbank– ya que los hombres políticos están ahora bajo el control de los mercados financieros”. Como pudo comprobarlo,

en 1996, Mar Blondel, secretario general del sindicato francés Fuerza Obrera: “Los poderes públicos no son más que un subcontratista de la empresa. El mercado gobierna. El gobierno administra.”

Y es que en una economía global el papel del Estado es incómodo. Ya no controla los cambios, ni los flujos de dinero, de información o de mercancías. El Estado ya no es totalitario, pero la economía, en la era de la globalización, tiende cada vez más a serlo.

En los años treinta se llamaba “régimen totalitario” a aquellos regímenes de partido único que no admitían ninguna oposición organizada, no tenían en cuenta los derechos de la persona en nombre de la razón de Estado y en los que el poder político dirigía soberanamente todas las actividades de la sociedad dominada.

A esos regímenes de tipo fascista, hitleriano o estalinista, los sucede en este fin de siglo otro tipo de totalitarismo, el de los “regímenes globalitarios”. Al descansar sobre los dogmas de la globalización y la ideología neoliberal no admiten ninguna otra política económica, desdeñan los derechos sociales del ciudadano en nombre de la razón competitiva, y abandonan a los mercados financieros la total dirección de las actividades de la sociedad dominada.

En nuestras sociedades desorientadas la gente no ignora el poder de ese nuevo totalitarismo. Según una encuesta reciente 64 % de las personas interrogadas estimaban que “los mercados financieros son los que tienen más poder actualmente en Francia”, seguidos por los políticos (52 %) y “los medios de comunicación (50 %)”.

La globalización liquidó el mercado nacional que es una de las bases del poder del Estado nación. Al anularlo modificó el capitalismo nacional y disminuyó el papel que desempeñaban los poderes públicos. Los Estados ya no cuentan con medios para oponerse a los mercados, carecen de medios para frenar los enormes flujos de capital o para contrarrestar la acción de los mercados contra sus intereses y los de sus ciudadanos. En general los gobernantes aceptan respetar las consignas de política económica que definen organismos mundiales como el fondo Monetario internacional FMI, el Banco Mundial o la Organización Mundial del Comercio OMC, que ejercen una verdadera dictadura sobre la política de los Estados.

Al favorecer durante los dos últimos decenios el libre flujo de capital y las privatizaciones masivas, los responsables políticos permitieron la transferencia de decisiones importantes, en materia de inversiones, empleo, salud, educación, cultura, protección ambiental, de la esfera pública a la esfera privada. Es por ello que actualmente de las 2 000 primeras economías del mundo, más de la mitad no son países, sino empresas.

En los años setenta solo existían unos cientos de empresas transnacionales, hoy son casi 40 000... y si analizamos el volumen de negocios global de las doscientas

principales empresas del mundo la cifra representa más de la cuarta parte de la actividad económica mundial. Y sin embargo, esas doscientas firmas emplean a menos del 0,75 % de la mano de obra mundial.

Como resultado de las fusiones se multiplica el número de firmas gigantes cuyo peso es superior en ocasiones al de los Estados. El volumen de negocios de la *General Motors* es superior al PBI de Dinamarca, y el de la *Exxon-Mobil*, al PBI de Austria. Cada una de las cien empresas principales globales vende más de lo que exporta cada uno de los ciento veinte países más pobres y las veintitrés empresas más poderosas venden más que algunos gigantes del Sur como la India, Brasil, Indonesia o México. Estas grandes firmas controlan el 70 % del comercio mundial.

Los que dirigen esas empresas y los que dirigen los grandes grupos financieros, y de medios de comunicación, tienen en sus manos la realidad del poder y mediante sus profundos cabildos ejercen toda su influencia en las decisiones políticas. Confiscan la democracia en provecho propio.

Los actores principales de la economía financiera cuyo volumen es cincuenta veces superior al de la economía real, es decir los principales fondos de pensiones americanos, británicos y japoneses, dominan los mercados financieros. Ante ellos el peso de cualquier Estado se vuelve casi insignificante.

Cada vez más los pequeños países que vendieron masivamente sus empresas públicas al sector privado se han vuelto propiedad de los grandes grupos transnacionales. Estos dominan partes enteras de la economía del Sur, se sirven de los Estados locales para ejercer presiones en el seno de los foros internacionales y lograr las decisiones políticas más favorables a su búsqueda de dominación global.

En nuestro mundo la quinta parte más rica de la población dispone del 80 % de los recursos, mientras la quinta parte más pobre solo dispone del 0,5%... Fascinados por el corto plazo y el beneficio inmediato los mercados son incapaces de prever el futuro, anticipar el devenir de los hombres y el medio ambiente, planificar la extensión de las ciudades, reducir las desigualdades, curar las fracturas sociales.

¿Quiénes son, en este fin de siglo, los verdaderos amos del mundo? Estos no constituyen en modo alguno, como imaginan algunos, una especie de Estado mayor clandestino conspirando a la sombra para conquistar el control político del mundo. Se trata mas bien de fuerzas que actúan a su antojo gracias a la estricta aplicación de la Vulgata neoliberal, que obedecen consignas precisas y cuyo slogan totalitario podría ser “Todo el poder a los mercados”.

“Los mercados votan diariamente —estima George Soros, financiero multimillonario— y obligan a los gobiernos a adoptar medidas ciertamente impopulares, pero indispensables”. Son los mercados los que dominan el sentido

del Estado”. Algo que Boutros Boutros-Ghali, ex secretario general de las Naciones Unidas constata también: “La realidad del poder mundial escapa ampliamente a los Estados. Esto es tan cierto como que la globalización implica el surgimiento de nuevos poderes que trascienden las estructuras del Estado”.

En esas circunstancias la cuestión del *aggiornamento* democrático y de la reforma de ese modelo se plantea de una manera nueva y urgente. Una arquitectura política concebida en lo esencial durante la segunda mitad del siglo XVIII en Inglaterra, los Estados Unidos y Francia, sobre la base de los ejemplos antiguos de Grecia y Roma, necesita bases nuevas. Es cierto, se han realizado modificaciones capitales como la abolición de la esclavitud, el final del sufragio censatario, el voto de las mujeres, pero todos sentimos que el sistema está gastado, que gira en redondo y se aleja de las preocupaciones de los ciudadanos.

Cada vez son más los ciudadanos que reclaman una “democracia radical” donde no solamente se respeten los derechos políticos, sino también los derechos sociales y económicos. Los ciudadanos no pueden ya intervenir eficientemente, por medio de su voto, en las esferas decisivas que ahora están fuera de su alcance. En particular, la economía esta cada vez más desconectada de la esfera social y los que tienen el poder de decisión al respecto se niegan a asumir sus consecuencias (desempleo, depauperación, exclusiones, desigualdades) provocadas por la adopción del dogma de la globalización.

En Europa, en su funcionamiento ordinario, la democracia da la espalda a las bases del contrato social y acepta la aparición de casi dieciocho millones de desempleados y cincuenta millones de pobres... En algunos Estados “democráticos” se construye, en nuestra presencia, una sociedad de personas que viven de sus rentas duplicadas por una sociedad de explotados... Se vuelve a verificar que el capitalismo es compatible con la esclavitud, mientras la democracia supone igualdad de derechos.

¿Puede asombrarnos que cada vez existan más ciudadanos que denuncien esta democracia como una “impostura” y que la consideren traicionada y confiscada por un grupito de privilegiados?

Por su parte el liberalismo no parece atraer la simpatía masiva de los ciudadanos. Esa doctrina económico-política aplicada con un rigor implacable en los años ochenta en el Reino Unido por Margaret Thatcher, tuvo consecuencias sociales como el aumento de las desigualdades y el desempleo, la falta de industrialización, la degradación de los servicios públicos, la ruina de los equipamientos colectivos... Según los profetas del monetarismo todos esos problemas debían resolverse de manera automática mediante “la mano invisible del mercado” y el crecimiento macro económico. Los mejores expertos estimaban

que gracias a la desreglamentación, la abolición del control de cambios, la globalización financiera y la globalización del comercio, la expansión sería perpetua.

De hecho se ha construido una sociedad dual que tiene de un lado a un grupo de privilegiados, de hiperactivos, y del otro la muchedumbre incalculable de precarios, desempleados y excluidos. Incluso la hiperpotencia, en la era del neoliberalismo, no garantiza en modo alguno un nivel de desarrollo humano satisfactorio para todos los ciudadanos. En Estados Unidos existen 32 millones de personas cuya esperanza de vida es inferior a los sesenta años, 40 millones no poseen protección médica, 46 millones viven por debajo de los umbrales de pobreza y 52 millones son analfabetos...

A escala mundial la pobreza es la regla y la solvencia la excepción. Las desigualdades se han convertido en una de las grandes características estructurales de la era de la globalización. Estas se agravan y separan cada vez más a los ricos de los pobres. Estimados recientes muestran que las 225 fortunas más grandes del mundo representan un total de más de un billón de dólares, es decir el equivalente de la renta anual de 47 % de los más pobres de la población mundial (2 500 millones de personas). Ahora hay individuos que son más ricos que algunos Estados: el patrimonio de las quince personas que poseen las mayores fortunas supera el PBI total del África subsahariana...

A pesar de eso se nos repite que no hay otra vía de salvación. El mercado dicta la verdad, lo bello, el bien, lo justo. Las “leyes del mercado” se han convertido en la nueva Tabla de salvación a venerar, ellas están determinadas por la célebre “mano invisible” que regula y ordena todas las transacciones de un mundo interconectado. Nos dicen que separarse de esas leyes sería encaminarse fatalmente hacia la ruina y la decadencia.

De buen grado los Estados se privaron de las armas que le permitían frenar el flujo de capitales y oponerse a la acción de los especuladores.

La globalización financiera consagra la supremacía de las fuerzas del mercado sobre las políticas económicas. Ahora son los mercados los que deciden si las políticas económicas nacionales son buenas o no. Las autoridades no pueden hacer gran cosa ante el poder de la especulación. Por ejemplo, Japón, que posee la reserva más importante de divisas del mundo, más de 200 000 millones de dólares, no tiene gran peso ante el poder de golpe financiero de los tres primeros fondos de pensión americanos, más de 500 000 millones de dólares.

La globalización ha favorecido la dilatación gigantesca de la esfera financiera: el monto de las transacciones en el mercado cambiario (allí donde se cambian las divisas) se ha multiplicado por 5 desde 1980 para alcanzar más de billón y medio de dólares diarios. El monto de las transacciones financieras internacionales es cincuenta veces mayor que el valor del comercio internacional

de mercancías y servicios. El monto de los activos que poseen los inversionistas institucionales (seguros, fondos de pensiones, etc.) supera los 25 billones de dólares, o sea más que toda la riqueza producida en un año por todo el mundo. Más del 60 % de las acciones cotizadas en la Bolsa de París pertenecen a inversionistas institucionales, extranjeros en más de la mitad de los casos.

Si un gobierno, democráticamente elegido, desea realizar una política favorable al crecimiento y al empleo, aunque tenga que disminuir las ganancias y tolerar un ligero reinicio de la inflación, esos inversionistas sancionan inmediatamente al país, ya sea atacando la moneda o vendiendo masivamente los títulos de sus empresas. Esta reacción brutal provoca una crisis financiera e imposibilita la aplicación de una política democráticamente deseada por los ciudadanos.

Estos multiplican las movilizaciones contra los nuevos poderes, siguen convencidos de que en el fondo el objetivo de la globalización, en este inicio del nuevo milenio, es la destrucción del colectivo, la apropiación, por parte del mercado y el sector privado, de las esferas pública y social. Y están decididos a oponerse a eso, como lo vimos a principios de diciembre de 1999, durante la Cumbre de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en Seattle.

Ciudadanos que durante demasiado tiempo se vieron desposeídos de su derecho a la palabra y a sus propias opciones, dijeron con fuerza en Seattle: “Basta”. Basta de aceptar la globalización como una fatalidad. Basta de ver como el mercado decide en lugar de los elegidos. Basta de ver el mundo transformado en mercancía. Basta de sufrir, de resignarse, de someterse.

La gran victoria sobre la Organización Mundial del Comercio, OMC, pertenece ampliamente a lo que aparece como un embrión de sociedad civil internacional y que une a decenas de organizaciones no gubernamentales (ONGs), colectivos de asociación, sindicatos y redes de múltiples países.

El fenómeno de la globalización —y el laxismo de los dirigentes políticos— favorecieron, durante el último decenio, la discreta implantación de una especie de ejecutivo mundial, de gobierno real del mundo cuyos cuatro actores principales son el Fondo Monetario internacional (FMI), el Banco Mundial, la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) y la OMC. Ese poder informal, indiferente al debate democrático y sin que sea sometido al sufragio universal, de hecho dirige el mundo y decide de manera soberana el destino de sus habitantes. Sin que contra-poder alguno venga a rectificar, enmendar o rechazar sus decisiones, ya que los contra poderes tradicionales en las democracias —parlamentos, partidos, medios— son demasiado locales o demasiado cómplices. Del mismo modo, para hacerle contrapeso a ese ejecutivo mundial, cada cual sentía confusamente la necesidad de crear un contra poder mundial.

Retomando la llama del cuestionamiento internacional, los protestatarios de Seattle de cierta manera colocaron la primera piedra de un nuevo espacio de representación mundial, en el seno del cual la sociedad civil del mundo debería ocupar un lugar central.

Sí, Seattle constituye tal vez un viraje. La petición de justicia e igualdad que como un mar de fondo atraviesa la larga historia de la humanidad, esta vez resurgida. Después de haber logrado los derechos políticos y luego los derechos sociales los ciudadanos reclaman, asolados por la globalización, una nueva generación de derechos, esta vez colectivos, derecho a la paz, a una naturaleza preservada, a la ciudad, a la información, a la niñez, al desarrollo de los pueblos...

Ahora es inconcebible que esta sociedad civil naciente no esté más asociada a las próximas grandes negociaciones internacionales en que se discutirían problemas vinculados con el medio ambiente, la salud, la supremacía financiera, humanitaria, la diversidad cultural, las manipulaciones genéticas, etcétera.

Ya que actualmente es necesario pensar en la construcción de un futuro diferente basta de contentarse con un mundo en que solo existen dos status, el cero y el infinito. Cinco mil millones de personas viviendo en la carencia mientras mil millones de privilegiados viven en la opulencia.

Ya es hora de admitir que otro mundo es posible. Y crear una nueva economía, más solidaria, basada en el principio del desarrollo duradero y que coloque al ser humano en el centro de las preocupaciones. Comenzando por desarmar al poder financiero. El desmantelamiento de la esfera financiera exige impuestos significativos sobre las rentas del capital y particularmente sobre las transacciones especulativas en los mercados de intercambio por medio del impuesto Tobin.

James Tobin, profesor de la universidad de Yale, en los Estados Unidos fue uno de los asesores del presidente John Kennedy y recibió el Premio Nobel de economía en 1981. Desde los años setenta, propuso la creación de un gravamen internacional uniforme de 0,1% sobre las transacciones en divisas. Este impuesto sería extremadamente disuasivo para los especuladores sobre el corto plazo que efectúan numerosas idas y vueltas diarias, de una moneda a la otra. El impuesto Tobin limitaría las fluctuaciones de las tasas de cambio, lo que autorizaría a los gobiernos a practicar tasas de interés un poco más bajas que las internacionales con consecuencias positivas para el crecimiento y el empleo.

Con los fondos constituidos con los ingresos de ese impuesto, que podría ser administrado por las Naciones Unidas, y que se estima en 200 000 millones de dólares, sería posible financiar programas sociales, educacionales y ecológicos hacia los más desfavorecidos de nuestros conciudadanos del mundo. Según las Naciones Unidas bastaría con el 10 % de esa suma para “ofrecer atenciones elementales para todos, vacunar a todos los niños, eliminar las formas graves

y reducir las más benignas de malnutrición y abastecer a todo el mundo de agua potable”. Con solamente el 5 % de esa misma cifra podría “ofrecerse un conjunto de servicios elementales de planificación familiar a todas las parejas que desearan beneficiarse con este y para estabilizar la población mundial en el año 2 015”. Finalmente, con a penas el 3 % de esos 200 000 millones de dólares se lograría “reducir a la mitad el analfabetismo de los adultos, universalizar la enseñanza primaria y dar a las mujeres de los países pobres un nivel educacional elevado”.

¿Qué esperamos entonces, para instaurar, a escala mundial, la tasa Tobin?

También es conveniente boicotear y suprimir los paraísos fiscales, zonas en que reina el secreto bancario y que sirvan para disimular las malversaciones y otros delitos de la criminalidad financiera.

Es necesario imaginar una nueva distribución del trabajo y de las rentas en una economía plural en la que el mercado ocupará solo una parte del lugar, con un sector solidario y un tiempo libre cada vez mayor.

Establecer una renta básica incondicional para todos, otorgada a cualquier individuo, desde que nace, sin ninguna condición de status familiar o profesional. El principio, revolucionario, es que se tendría derecho a esa renta existencial porque uno existe y no para existir. La instauración de esa renta descansa en la idea de que la capacidad productiva de una sociedad es el resultado de todo el conocimiento científico y técnico acumulado por las generaciones pasadas.

De igual modo, los frutos de ese patrimonio común deben beneficiar a todos los individuos, bajo la forma de una renta básica incondicional que podría extenderse a toda la humanidad, ya que a partir de ahora, el producto mundial repartido de manera equitativa bastaría para asegurar una vida confortable para todos los habitantes del planeta.

En este sentido, debe dársele de nuevo su lugar a los países pobres del Sur, terminando con las políticas de ajuste estructural, anulando una gran parte de su deuda pública, aumentando la ayuda al desarrollo y aceptando que el Sur no adopte el modelo del Norte, insostenible desde el punto de vista ecológico, promover economías autocentradas; defender los intercambios equitativos; invertir de manera masiva en las escuelas, las viviendas y la salud; facilitar el acceso al agua potable de 1 500 millones de personas que están privadas de ella, establecer particularmente en el Norte, cláusulas de protección social y medioambientales sobre los productos importados que garanticen condiciones de trabajo decentes a los trabajadores del Sur, así como la protección de los medios naturales.

En ese programa sería necesario añadir otras urgencias: la emancipación de la mujer a escala mundial, el principio de precaución contra todas las manipulaciones genéticas, la eliminación de las banderas ficticias para obtener ventajas en el transporte marítimo, etc. Utopías convertidas en objetivos políticos concretos para el siglo que se inicia. ¿Cómo se llama esto, ese momento en que otro mundo se torna posible? Tiene un bello nombre, se llama la aurora.